

Las amistades peligrosas

Velia Cecilia Bobes

SI ALGÚN PROCESO DE CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA NECESITA de la existencia del otro, ese es la identidad. La otredad y la diferencia son esenciales para definir un sí mismo que sólo en estos términos —en tanto diferente del otro— puede percibir su mismidad. La nación, como comunidad imaginada¹, se figura siempre soberana (por lo tanto «sueña» con un Estado que garantice esa soberanía) y limitada por fronteras finitas (aunque flexibles) más allá de las cuales existen otras naciones. Juntas, identidad colectiva y nación, forman un dispositivo simbólico de gran valor emocional, en las cuales las fronteras se subjetivizan y se tornan encuentro con el otro.

*On Becoming Cuban*², es un libro que trata precisamente de esto: de la importancia del otro en la definición y construcción de la identidad, la nacionalidad y la cultura cubanas; y lo hace bien; exhaustivo hasta el detalle delicioso, se adentra por un camino poco transitado, el de la cultura en su sentido (geertziano) de sistema de significados compartidos y transmitidos a través de símbolos que orientan e informan las prácticas y los sentidos asociados a ellas, a la vez que define los límites y contextos en los cuales se actúa (especialmente en la vida cotidiana).

Quizás éste sea su principal atractivo, ya que se trata de una historia cultural que retorna a las complejas y tensas relaciones de Cuba con EEUU; más que eso, es un libro sobre cómo este vínculo llega a penetrar hasta los intersticios y las periferias de la vida cubana, labor detectivesca que busca (y encuentra) la huella del gringo en las más disímiles locaciones; desde la tecnología y la economía hasta los nombres de los bares, el boxeo y la pelota.

¹ Anderson, B. *Imagined Communities*, Verso, Londres, 1990.

² Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban. Identity, nationality & Culture*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999.

Para completar el cuadro, recorre el camino en sentido inverso y nos acerca al modo en que Cuba entra al imaginario norteamericano, en el cual se construye (metafórica pero también literalmente) como lugar de placer, romance, sensualidad y exotismo³, sentido que reingresará (a la postre de manera incómoda) a la narración de la cubanidad.

En una historiografía donde abundan las investigaciones sobre las relaciones económicas, políticas y diplomáticas Cuba-EEUU, es raro (y agradable) ver a un historiador incursionar en lo (aparentemente) trivial y abandonar las «grandes estructuras y los procesos enormes», los tratados comerciales, la hegemonía política y las rutas de la injerencia y el conflicto, para intentar explorar aquellos ámbitos donde se ha producido la aquiescencia, el acomodo y la familiaridad.

A lo largo de 500 páginas, Pérez se dedica a desentrañar cómo es en esta familiaridad (construida, reconstruida y deconstruida a través de poco más de un siglo) más que en el conflicto, donde se traman algunos de los componentes de la definición de la identidad y, en este sentido, interviene como medio de integración de los sistemas normativos. La hipótesis central del texto, que le sirve como hilo argumental a la extensa narración a de los diversos eventos, nos invita a pensar que la hegemonía norteamericana no podría haber tenido lugar sin la participación de los cubanos (ordinarios) y que ello se explica porque la influencia norteamericana se convirtió en un factor de la identidad nacional desde el mismo momento de la formación de la nacionalidad. Tal hipótesis y su despliegue analítico fundamentado en una enorme evidencia empírica (casi toda desconocida u olvidada) contribuyen a subvertir la idea del rechazo y el enfrentamiento permanentes —punto nodal de nuestros discursos identitarios (tanto culturales como políticos) que ha dado vida y legitimación al nacionalismo beligerante que ha caracterizado la política cubana, al menos en los últimos 40 años. A la vez, ayuda a comprender —desde un argumento cultural— la rápida adaptación y el desempeño de la comunidad cubana en su última diáspora hacia Miami.

La otra idea fuerte que atraviesa el texto refiere al contenido mismo de la narración de la identidad: Cuba como nación se auto imaginó básicamente en un sueño que prefiguraba a la futura comunidad política íntimamente ligada a la modernidad, la civilización y el progreso (cuyo modelo, vale repetirlo, lo proporcionaban precisamente los Estados Unidos). En este punto, otro de los aciertos de la propuesta de Pérez reside en la forma en que amplía la comprensión de las nociones de modernidad, civilización y progreso al extenderlas desde lo económico-estructural y tecnológico (ámbitos favoritos de los historiadores cubanos para estudiar los procesos de modernización) hacia zonas más «triviales» de la vida social como es el caso del consumo material, la publicidad, la recreación, el deporte, la vida nocturna, la moda, la música y el cine. Esto, le permite desplazarse de la historia de las instituciones

³ Cualquier semejanza con la realidad actual es pura coincidencia.

hacia la historia de la sociedad y darle voz y visibilidad a los portadores (siempre anónimos y silenciados) y actores de la cubanidad.

Así, logra demostrar cómo los contactos sostenidos y permanentes entre los dos pueblos han dejado marcas en todas las esferas de la vida cubana (visibles aún hoy y, en este sentido, razones para un reencuentro). Su indagación exhaustiva en torno a la creciente presencia norteamericana en la economía cubana, el aumento de los flujos migratorios, la creciente importancia del bilingüismo, el diseño de la educación, la asunción de costumbres y modas en —prácticamente— todas las clases sociales, su influencia en las relaciones raciales y de géneros, así como en los medios de comunicación y las celebraciones y festividades; las transformaciones urbanísticas y los estilos arquitectónicos, las misiones protestantes, (y un larguísimo etcétera); muestran cómo, en la narrativa de la cubanidad, ser moderno, civilizado y progresista fue siendo cada vez más *becoming american*.

Esta pasión por el detalle, el uso de numerosas y variadas fuentes cubanas —archivos, revistas y periódicos, literatura, entrevistas— y el uso creativo que el autor hace de ellas, le permiten realizar, más que una historia cultural de las relaciones Cuba-USA, un viaje (inédito para el caso de la sociedad cubana) por los ámbitos cotidianos en los que se traman y dan forma las mentalidades y las autopercepciones de los sujetos en sus vidas diarias, el substrato, casi siempre ignorado, de eso que llamamos identidad.

Sorprende, sin embargo, en un esfuerzo tan minucioso, percibir algunas ausencias que no pueden dejarse de notar. Me refiero a una reflexión sobre la dimensión política y la constitución y funcionamiento del espacio público.

Si hablamos de identidad nacional, de cubanidad o de lo cubano, estamos obligados a discutir una dimensión política ya que si bien las identidades colectivas nos permiten quedarnos en el ámbito de la cultura en general, al agregarle el referente de pertenencia «nacional» nos enfrentamos a algo que implica fronteras, las cuales, al menos en el mundo moderno, siempre refieren a una definición política y, en la mayoría de los casos a un Estado nación (ya existente o construible). Por otra parte, la referencia nacional ha sido uno de los más importantes factores legitimantes de tal forma de organización política, ya que es el mecanismo principal para fundar —al interior del territorio políticamente delimitado— un campo homogéneo dentro del cual las prácticas de los individuos y los sentidos subjetivos asociados a ellas garanticen la identificación de los mismos con las instituciones. En este sentido, la nación no sólo cumple la función psicosocial de otorgar a los individuos un principio clasificatorio que los iguala al conjunto de los hombres que comparten su espacio social y los identifica con una tradición cultural, un pasado común y un proyecto de futuro también común, sino que cumple además la función claramente política de dar integración y cohesión a la sociedad y legitimación a un cierto orden. En el caso cubano no ocurre de otra manera; y esta dimensión política se hace evidente, por ejemplo, cuando el autor discute el modo en que los afrocubanos fueron incluidos en la narración de la nación (en las últimas décadas del siglo XIX), ya que esta inclusión se realizó en

términos políticos y no culturales, esto es, fueron aceptados en tanto ciudadanos con derechos pero sólo en la medida en que se asimilaban a una nación definida como comunidad política de iguales y con la condición de que no reivindicaran su diferencia (étnica y cultural).

Es precisamente por eso que la identidad nacional siempre está asociada a un tipo de solidaridad que se logra a través de un discurso (ideológico) que justifica la existencia del grupo, las más de las veces en una relación de conflictividad con enemigos definidos («nosotros» y «ellos»).

La identidad colectiva siempre se presenta como un horizonte de significación que refiere al sí mismo y que versa sobre sí mismo, por lo tanto precisa apelar a la volición⁴, es decir a la definición, por parte del interesado, de un campo de valores que represente lo común; por eso, precisa un discurso (al cual hay que hacer referencia en cuanto forma parte constitutiva de la propia identidad). Tal discurso estará conformado por un ámbito de valoración del criterio mismo de identificación y pertenencia (en este caso la nación); y por una narrativa que relate una historia compartida; lo cual constituye siempre un ejercicio de legitimación.

En Cuba tal ejercicio ha sido elaborado principalmente en la sociedad política y por los participantes en un espacio público de discusión, que si bien es cierto que en diversas épocas ha existido fuera de las fronteras del territorio —particularmente en los EEUU—, siempre ha establecido un diálogo con la constitución política, más que cultural, de la nación cubana. La imagen más poderosa de la nación cubana (desde el siglo XIX y hasta 1959 por lo menos) ha sido la República y en todas sus formulaciones se siente (con mayor o menor énfasis) la convicción de que la modernidad, la civilización y el progreso necesitaban de un Estado (más o menos fuerte) para dirigir su realización.

Como ha demostrado Castoriadis⁵ los símbolos son efectivos porque son imprecisos, por tanto contribuyen a dar realidad a las fronteras de la comunidad con la suficiente fluidez como para que los mismos significantes sean dotados de diversos significados y viceversa. La nación como comunidad imaginada se construye en un largo proceso cuyos avatares deciden en cierto sentido las formas que asumirá. Por ende, dice bien el autor cuando afirma que la identidad nacional no es un substrato ontológico fijo en el tiempo sino un constructo flexible y cambiante, pero —yo agregaría— siempre es también un terreno de competencia, y es en el espacio público y en sus discursos político-intelectuales donde los diversos grupos ponen a disputar diferentes concepciones de nación.

Desde esta perspectiva, para aprehender cabalmente la conformación de lo cubano (incluso dentro del campo específico de sus relaciones con los EEUU),

⁴ Belanger, A.J.: «La lucha de las solidaridades so capa de la identidad», en Prud'homme, J.F. *Demócratas, liberales y republicanos (ciudadanía, identidad y comunidad política)*, El Colegio de México, en prensa.

⁵ Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquest, Barcelona, 1989.

se hace necesaria una referencia a los movimientos políticos (re)fundadores de la nación y a los discursos de invención del pasado que han competido en su(s) espacio(s) público(s). Una reflexión sobre la posibilidad de «modernidad sin independencia» o de «soberanía delegada con civilidad y progreso» que los sectores liberales, autonomistas y reformistas llevaron a cabo con la mirada puesta hacia España, complementaría el excelente análisis de Pérez sobre cómo los EEUU fueron el modelo y el escenario sustituto para difundir en (el espacio público de) la emigración la narrativa de la nación como el proyecto de «Cuba Libre» (y cómo sus valores entraron en él). Los cubanos imaginaron, mucho antes de que tuvieran existencia real, no sólo a su nación y a su estado, sino también a su adversario. Pero este sueño profético se soñó en muchas camas diferentes y con enemigos, también distintos.

Es por eso que en los albores de la república son diversos los modos de acomodarse a la presencia norteamericana y de percibir la relación con la historia. Si bien es cierto que —como dice el autor— la nueva cultura republicana en su empeño por distanciarse del pasado buscaba las nuevas bases morales y materiales para la vida cotidiana en los modos norteamericanos, también es cierto que desde muy temprano en el siglo XX comienza a gestarse un discurso intelectual directamente enfrascado en la definición de la identidad y comprometido con la narrativa de la cubanidad. Este «discurso de la decadencia» o de la «frustración republicana» expresa todas las ambivalencias y las tensiones de la relación de Cuba, no sólo con la política injerencista y la presencia norteamericana, sino con las nociones de soberanía, democracia y civilidad. Producido en el marco de un espacio público que empezaba a dar muestras de pluralismo y gran actividad, cumplió la tarea de producir una narrativa de lo nacional y la (re)invención de la tradición⁶ y, en su desarrollo posterior, se encontraría con un movimiento social de gran envergadura que desde las esferas de lo cultural, lo social y lo político conduciría a la reconstitución de la nación, tanto en su sentido simbólico, como en su aspecto procedimental (Constitución del 40).

Por sólo citar los más conocidos, los grupos intelectuales que se nuclearon alrededor de revistas tan importantes como *Cuba Contemporánea* y *Revista de Avance*, o de asociaciones culturales y civiles como El grupo Minorista y el Movimiento de Veteranos y Patriotas, no sólo produjeron discursos sobre la cubanidad, sino que hicieron grandes contribuciones a la cultura cubana. Una mirada a estos movimientos y a otros posteriores (como los grupos de Orígenes y Ciclón) permitiría comprender la conexión entre la narración de la identidad nacional y sus dimensiones políticas y discursivas.

La ausencia de estos elementos en *On Becoming Cuban* hace que el lector sienta una cierta discontinuidad en el último capítulo, momento en el que

⁶ Rafael Rojas ha hecho un excelente análisis sobre estos movimientos y sus conexiones con el nacionalismo en los ensayos que conforman la primera parte de su *Isla sin fin*, Ed. Universal, Miami, 1998.

ingresan al análisis factores explicativos de naturaleza política para fundamentar la ruptura de los lazos de familiaridad, el fin de la aquiescencia y la reformulación de la identidad nacional a partir de 1959 (como es el caso de la represión del gobierno de Batista, la frustración de las esperanzas puestas por los cubanos en la Constitución del 40 y el disgusto por la no correspondencia entre sus ideales —de consumo, democracia y seguridad— y sus condiciones reales de vida).

Si podemos concordar con el autor en que en los años 50 la cultura se convirtió en un terreno de competencia, cada vez más convergente con la política (la afirmación de la una no podía alcanzarse sin la negación de la otra) y que la creciente crisis política dio nueva urgencia a la reconfiguración de las formas culturales⁷ (especialmente la identidad nacional); lo cierto es que esto ocurría desde mucho antes.

Los procesos sociales son complejos en sí mismos y por tanto requieren siempre de la atención a una gran cantidad de factores, dimensiones y planos analíticos, labor tanto más difícil cuando —como es el caso— el estudio abarca un siglo y medio de historia no narrada. A pesar de estas omisiones (o tal vez gracias a ellas), Louis A. Pérez logra un texto fresco, original y lleno de vigor, que capta el vínculo en toda su extensión (americanos en Cuba, cubanos en el exilio, el destierro o la emigración) sin demonizarlo ni santificarlo, simplemente dando cuenta de los múltiples detalles en que se ha hecho (y se hace) presente); por eso, nos invita a pensar las relaciones con los Estados Unidos y los cubanoamericanos desde una óptica más natural y a imaginar una convivencia posible. Esta es, pues, una obra necesaria, sea bienvenida y ojalá que nos sirva como un antídoto para la amnesia.

⁷ Pérez, L. *On Becoming Cuban...*, ed. cit., p. 473.

